Una promesa de Saturnalia

Manuel C.S.

Capítulo 1

Antonio, con la mano izquierda dolorida, que no era más que una consecuencia indirecta de aquel brebaje, aún veía las dos realidades que colisionaban en su cerebro.

Por un lado, admiraba la avenida, con sus vehículos y sus peatones tan pendientes de sus teléfonos móviles que ni siquiera reparaban en las hermosas luces navideñas que apuñalaban la noche.

A la vez veía las calles libres de coches, con los edificios adornados en honor al sol y sus caminos con boñiga de caballo. Miraba a los viandantes caminando felices, embriagados por los efluvios de Baco, con sus túnicas claras manchadas por el vino, el amarillo del polvo y el sudor tras danzar, correr y festejar en honor a Saturno.

«Los ojos del Shuvani», así era como había llamado a la pócima aquella oronda gitana, con más vello facial que la cabra que degolló para el ritual. Las indicaciones por las que Antonio había pagado tal fortuna fueron claras. «Encontrar el amor verdadero».

Él, que había tenido cuatro esposas, no se sentía cínico a la idea al enamoramiento, pero si bien su extensa fortuna le auguraba más oportunidades que a la media, no tardó en descubrir que a veces constituía más del pajar que de la aguja.

Viéndose ya cansado de discernir entre amor e intereses, decidió tirar de páginas amarillas, y fue como encontró a una mujer que le prometió que con su hechizo encontraría a esa persona especial, a la cual estaba ligada.

«Los ojos del Shuvani», y para él que solo era semántica arbitraria, ahora admirara mundos dispersos.

Salió de la casa de la gitana y agarró el pomo de su Mercedes Benz. Coincidiendo con el de una llama que iluminaba las calles de la antigua ciudad romana, se quemó la mano al agarrar la portezuela. Gritó de dolor, e incluso olió su piel quemarse, antes de apartarse del vehículo.

Luego corrió, aullando incoherencias, algo que pasó desapercibido para los que vivían de la droga. Sin embargo, alertó a los viandantes de la realidad pasada, que vieron cómo aquel extraño hombre correteaba blasfemando y se golpeaba para apagarse los rescoldos llameantes de sus ropas.

De momento el trato no es que pareciera provechoso.
Corriendo dolorido mientras asustaba y alteraba a gente de distintos

estratos temporales a la vez, sentía que le iba a estallar la cabeza.

Tratando de recobrar una respiración calmada, sopesó lo que le ocurría. "Cuatro ojos, pero solo dos", pensó Antonio, y entonces caviló aquello que debió ser obvio, y que no fue por la novedad de su rango cognitivo. "¿Solo una mente?".

Repasó entre sus recuerdos. ¿Era Antonio o acaso un ciudadano romano? Resultó que ambas respuestas eran verdad. Recordó su infancia, pescando anchoas junto a su padre para el garum… Espera… ¿Su padre acaso no fue un catedrático de filología germana? Los recuerdos se desdoblaban como una servilleta mojada.

Se frotó la sien con la mano buena, mientras un joven se chocaba contra su espalda y a la vez, un soldado le instaba a apartarse para dejar paso a su caballo.

—Que te jodan, viejo —Gritó el joven —¡Apártese, maldita sea! ¿No ve que está obstruyendo la circulación?

Se movió a un lado dedicando miradas de disculpas.

Volvió a recabar en su cerebro. "Soy Manio Dentrato" pensó "Mi abuela me crio mientras mi padre negociaba hectáreas de trigo con gente de la península, y guarecía parte del costo de alimentar a soldados destinados al norte. Mi esposa Paulina Domitia, me ha dado cuatro hijas y un descendiente varón que algún día heredará el negocio. Mi hija Julia, la mayor, acaba de dar a luz un nieto en las vísperas de Saturnalia. Me odia porque soy infiel su madr... ¡Espera! ¡Me vio confraternizando con su sirvienta, una esclava picta de unas islas del norte!"

Antonio y Manio corrieron de nuevo, esta vez porque les quemaba algo más importante que la mano, y siendo más Manio que Antonio, rebuscó en su sapiencia dónde se podría encontrar aquella inusual mujer.

"Los esclavos son libres durante Saturnalia" pensó, y con aquella aseveración, siguió corriendo bajo los miles de luces navideñas del centro, y mientras los ciudadanos danzaban con cántaros de vino oscuro, dando las gracias a Baco y a Jupiter, por la festividad que vivían.

Tras encontrar a la servidumbre de su hija, preguntó por Asanua. Era un nombre bárbaro, pero que se antojaba exótico. En el presente, aquel semáforo no le dio ninguna indicación, pero en el pasado, un hombre de piel oscura lo orientó hacia las bodegas de vino de un amigo de la familia.

Así fue como se encaminó hacia ella, y a punto estuvo de ser atropellado varias veces en el proceso, pues con ambos corazones bombeando

adrenalina, el primero por el amor prohibido y el segundo por el misterio desenvuelto, apenas reparaba en más presente que el unificado por las dos conciencias.

La encontró preparando cántaros para el festejo. Aliñaba el rosado vino con especias, y cuando ambas mentes la vieron, sintieron corazón y cerebro, latir al mismo son. Se dilataron las pupilas, se humedecieron los labios. Se sonrojó la piel. Todo aquello que hace que un alma agradezca tener un cuerpo que la enjaule.

No hubo palabras que precedieran al beso, ¿Acaso hacían falta? Ella con su tez pálida, sus ojos verdes y su pelo cobrizo alimentó sus labios con los suyos.

Manio no aguantó más, y le dijo lo que sentía por ella. Era algo hermoso, como jamás imaginó un poeta. Fueron largas promesas precedidas por más caricias.

Con la razón y la lógica embriagadas, amordazadas y ciegas, se arrodilló ante Asanua. Delante del resto de esclavos le declaró su amor de una forma tan hermosa que incluso Antonio lloró. Los Saturnales son solo unos días, y lo que se proponía duraba todo una vida, y las que estuvieran por venir, si los Dioses lo permitían.

Una vez más se besaron, y entonces el presente pasado, el único e importante, dejó paso a la oscuridad, y para cuando Antonio despertó, habían pasado días.

No fueron días cómodos, pues se los pasó entre la inconsciencia y una extraña sumisión hacia una mendiga bastante malcarada que, conmovida por las hermosas palabras de Manio en boca de Antonio, se tomó para sí misma la destinataria de la hermosa proposición.

Le cuidó durante el tiempo en el que Antonio volvió a ser Antonio, y desde luego, hizo algo más que cuidarlo. Al igual que Luperca, amamantó a aquel hombre casi ido, cuyas palabras, poses y gestos, le habían despertado fantasías que ya daba por olvidadas bajo el desencanto de la vida.

Luego el hombre despertó entre cartones cerca de una boca de metro, y huyó del lugar mientras la mujer aún dormía. Exámenes posteriores dieron positivos en distintas enfermedades de transmisión sexual y, sin embargo, lo que realmente le dolía era el recuerdo de lo que sintió bajo el pecho de Manio, y aquella propuesta amorosa con Asanua.

Aquello más que el candor de un descubrimiento constituyó la cicatriz de una pérdida. El presente se tornaba oscuro, desencantado y triste ante la revelación de que su único amor verdadero se encontraba en

un lejano pasado, puede que en las manos de un viejo ancestro.

Se cortó las venas cuatro días después. Lo encontraron los hijos de su tercer matrimonio, con la cara impasible bajo el agua rojiza de la bañera.

Lo enterraron media semana más tarde, y al evento acudió la mendiga. Una mujer que cientos de Saturnales anteriores fue una esclava picta, que recibió un juramento que trascendía al de una sola vida, si es que los Dioses lo permitían, y si es que el azar, la suerte, o el pesimismo, no se anteponían de contrapeso a los prejuicios de futuras rencarnaciones.